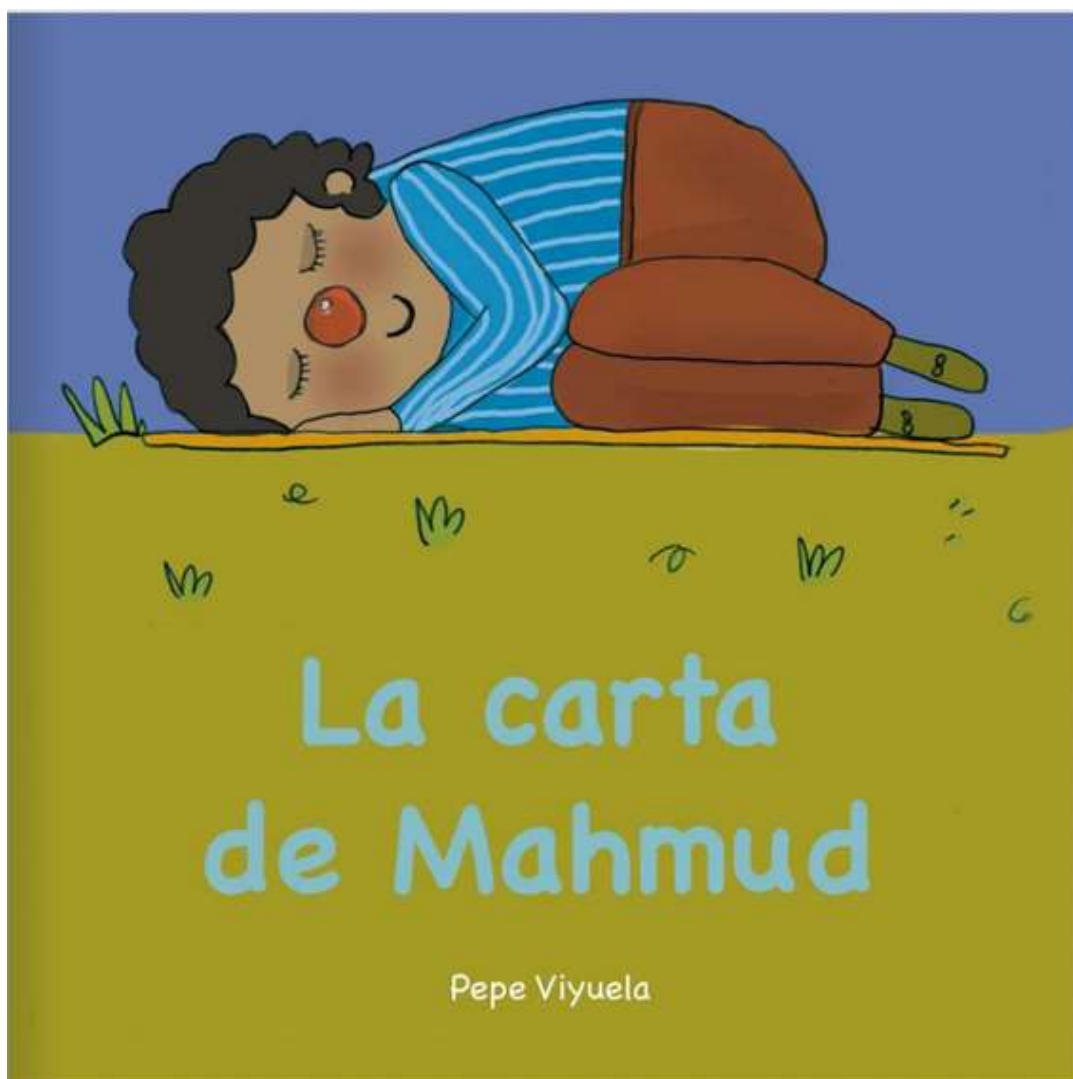






Me llamo Mahmud y tengo 7 años.
Nací en Palestina, pero no tengo
país.



Palestina no es un país.
Si el sitio en el que naces no es un
país, es casi como si no hubieras
nacido o como si hubieras
nacido y estorbaras.

Mi padre está siempre
enfadado, porque no entiende
que Palestina no sea un país.

Israel sí es un país. Los palestinos queremos la tierra que ocupa Israel porque es la tierra de nuestros antepasados. Ahí es donde está el lío, porque no quieren compartirla. Cuando hay que compartir las cosas es cuando empiezan los problemas.

Yo vivo en Gaza.
Aquí vivimos casi
dos millones de
palestinos.





Somos muchos más
en el mundo, pero
en todas partes somos
extranjeros.

Dice mi padre que Gaza es un campo de refugiados,
un lugar en el que viven las personas a las que han
echado de su casa y de su tierra.

Estas cosas ocurren cuando los mayores se enfadan y
sacan los tanques al campo, donde solo tendría que
haber pájaros, hormigas y árboles.

Los tanques me dan
miedo. Dan ganas de
llorar y de esconderse.





A papá hace dos años que
no lo veo: vive en una
cárcel de Israel.

Mi madre se llama Jamila,
es médico y se pasa el día
trabajando para que mis
hermanos y yo estemos
contentos.





En casa, muchos días no hay luz ni funciona la lavadora porque la central necesita combustible.



La única puerta por la que pueden entrar los camiones está cerrada muchas veces. Se llama Kerem Shalom y está cerrada porque Israel no quiere que entre nada en Gaza y mamá dice que en el hospital ya no hay medicinas ni vendas.





El otro día, por Kerem Shalom entraron unas personas que yo no había visto nunca.

Tenían una nariz roja como un tomate, tocaban la trompeta, hacían tonterías. Nos dijeron que eran payasos y que venían a jugar.

Mis amigos y yo nos sentamos en el suelo y ellos casi no hablaron, solo hacían tonterías.

Llevaban unos zapatos muy grandes y tropezaban.

Nos reímos
todo el rato.
Nos reímos
tanto que
luego nos
dolía la
tripa.



Normalmente los mayores no hacen cosas graciosas, pero estos eran diferentes y no eran peligrosos ni daban miedo. Mis amigos y yo volvíamos a casa haciendo tonterías y riendo. La gente nos miraba y se reía. Es bonito ver a la gente reír, casi más bonito que hacer tonterías.

Me gustan mucho las caras de la gente cuando se ríe, tienen como luz. Todo es diferente entonces y parece que no hay guerra y que todos reiremos y nos abrazaremos y nos pondremos narices de payaso.

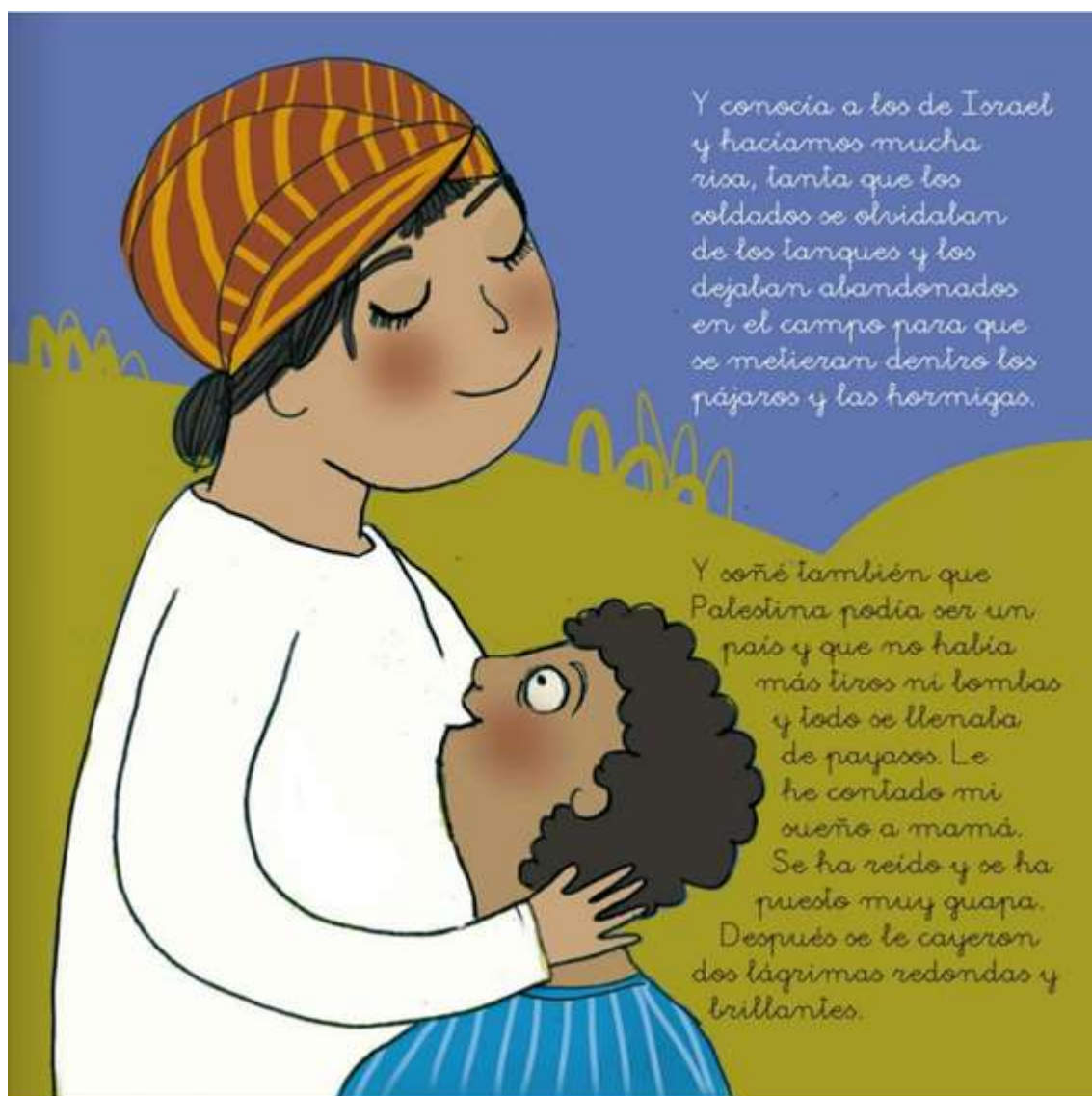


Se lo conté a mamá y dijo que la risa es la mejor medicina, que ayuda a la gente a curarse. Y estuve toda la tarde cantando. Hacía mucho que no oía cantar a mamá.

Le he dicho que de mayor quiero ser payaso y estar en el hospital curando a la gente con mucha risa.

También le he dicho que los payasos están locos, pero que prefiero estar loco como un payaso a estarlo como un soldado. Los soldados lo rompen todo.

Después me dormí y soñé que era un payaso y que caminaba hasta Kerem Shalom y que los guardias se reían y abrían.



Y conocía a los de Israel
y hacíamos mucha
risa, tanta que los
soldados se olvidaban
de los tanques y los
dejaban abandonados
en el campo para que
se metieran dentro los
pájaros y las hormigas.

Y soñé también que
Palestina podía ser un
país y que no había
más tiros ni bombas
y todo se llenaba
de payasos. Le
he contado mi
sueño a mamá.
Se ha reído y se ha
puesto muy guapa.
Después se le cayeron
dos lágrimas redondas y
brillantes.



©Lua Ediciones 3.0, S.L. ©Texto: Pepe Viñuela ©Ilustraciones: Mar Blanco